



## Desafío *de las Ciudades Globales*

Tratar de explicar cómo una ciudad del tamaño de Hong Kong ha alcanzado el estatus de 'global' es una tarea que merece cierto reconocimiento. La ex colonia británica, que el tópico literario ha situado tantas veces "en la encrucijada de Oriente y Occidente" es fruto de una coyuntura histórica compleja, pero que ha resultado en el brillante desarrollo de una de las capitales del mundo. Una capital que, según una percepción ya un tanto generalizada, es una ciudad contemporánea y sofisticada. Pero, ¿hasta qué punto es Hong Kong una ciudad global y qué proceso le ha llevado a convertirse en una de las pocas que existen?

En su libro *Global Hong Kong*, Gary McDonogh y Cindy Wong tienen el valor de intentar responder estas preguntas, y de mostrar las características que conciben a la ciudad china como el lugar más dinámico de Asia y un modelo a seguir por las principales ciudades de los "tigres" asiáticos (Taiwán, Singapur, Corea del Sur) y el resto de Estados de la zona que se encuentran en pleno proceso de expansión. Para los autores, Hong Kong se ha grabado en las mentes de todo el mundo como una ciudad imprescindible y los propios habitantes de la ciudad han trabajado para que la realidad se encuentre al mismo nivel que esas expectativas.

En este momento, argumentan, el "poder cultural global" de esta ciudad se ha multiplicado gracias a su maestría de las tecnologías de comunicación masivas y especialmente del cine. La pequeña ciudad china posee, tras Hollywood y Bombay, la tercera industria cinematográfica del mundo, de la que se ha servido para exportar una imagen concreta. Una imagen de enriquecien-

to y madurez que ha revertido en el crecimiento físico de la ciudad y que ha pasado por diferentes procesos de planificación y de racionalización del entorno.

En la página 22 de *Global Hong Kong*, McDonogh y Wong lo cuentan de la siguiente manera: *el denso tejido urbano [de Hong Kong] ha sido resultado de la integración de la historia, los lazos familiares, las instituciones comunes y los medios de comunicación. El movimiento constante también integra la ciudad. Vivir en Hong Kong es una experiencia veloz y dinámica.*

Se podría decir que Hong Kong es fruto de la pasión por el libre comercio y por el afán de superación. Esta ciudad, al igual Singapur, son ciudades "nuevas" (algunos dirían 'artificiales'), nacidas al calor de la carrera colonial y por iniciativa directa de los exploradores británicos, que diseñaron una serie de normas propicias para facilitar la llegada de inmigrantes de todo el mundo y, por ende, capital intelectual que pronto se tradujo en capital financiero. En la actualidad, apenas 166 años desde que el capitán británico Elliot, tomase posesión de la isla, Hong Kong es una ciudad enormemente cosmopolita, aunque inmersa en la compleja situación de ser parte integrante de la República Popular China a pesar de su enorme diferencia cultural. Región independiente en lo financiero, en lo monetario, en lo legal, pero sujeta a la "madre patria" por un fortísimo hilo de intereses y por un aparato comunista que cree, por encima de todo, en la unidad del país, Hong Kong es una urbe moderna –a la vanguardia del resto– que ha sabido identificarse como la *Ciudad Mundial de Asia*, que es su emblema oficial.

Judith Domínguez Serrano  
Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México  
judithdominguez@colmex.mx

DOI: <https://doi.org/10.24275/NTNE4440>

Ante este panorama, McDonogh y Wong cuentan en *Global Hong Kong* que el elemento esencial que convierte a esta ciudad en global es –¿curiosamente?– la percepción de los otros.

*InvestHK*, la agencia del gobierno encargada de atraer y facilitar la inversión extranjera, lleva años divulgando a través de las Oficinas Comerciales y Económicas de Hong Kong (sus embajadas de oficio) y de las sedes del Consejo de la Promoción del Comercio (que se encuentran esparcidas por todo el mundo, (incluidas Ciudad de México, Santiago de Chile y Buenos Aires) una serie de imágenes que, al final, y a escala mundial, se han identificado con esta ciudad. Según esta agencia, los motivos por los que vale la pena entrar en contacto con Hong Kong a la hora de hacer negocios es porque se trata de la puerta de entrada hacia China, porque apenas tiene impuestos, porque ofrece “un estilo de vida internacional”, un “gobierno limpio”, un “estado de Derecho”, “libres flujos de información”, una mano de obra “preparada” y “la economía más libre del mundo”.

Esta imagen ha venido siendo cultivada por el gobierno de Hong Kong desde los años 70. A través del antiguo *Government Information Services (GIS)* –reconvertido ahora en el *Information Services Department (ISD)*– el ejecutivo de la ciudad se ha encargado de potenciar esa percepción de Hong Kong. Para ello, ha organizado con perfección reuniones internacionales de la talla de la sexta conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que tuvo lugar en su futurista Centro de Convenciones y Exposiciones en diciembre de 2005 y ha desarrollado todo un aparato para gozar de buena prensa en todos los

rincones del planeta. El objetivo principal de esta estrategia es atraer capitales a la ciudad, tanto a través de los inversores como de los turistas. Tal y como la describió Lord Palmerston en 1841, Hong Kong no es más que una “barren rock” que no produce nada. Su mayor y único activo es su libertad de comercio, capitales e ideas.

¿Le otorga todo esto el carácter de global? A simple vista, podría decirse que sí. Internacionalmente, Hong Kong es reconocida como una ciudad de gente cosmopolita, donde buena parte de la población se ha educado en el extranjero, donde se entiende de husos horarios, donde no es extraño que los ciudadanos disfruten de varios pasaportes y donde la comunicación se lleva a cabo, buena parte del tiempo, en al menos dos idiomas.

Dicen los autores en la página 23 del libro que “Hong Kong participa constantemente del mundo” aunque allí no haya vuelos domésticos.

En Hong Kong se ha desarrollado una sociedad que ha sido capaz de responder a las exigencias derivadas de esa percepción, tras haberlas convertido en propias. Durante 155 años de administración colonial (1842-1997), Hong Kong pasó de puerto de segunda categoría a una de las capitales financieras más desarrolladas del mundo, caracterizada por su *occidentalización* como elemento de diferenciación en la zona – y por su conversión, a principios de los noventa, en una suerte de tercer vértice del sistema bancario internacional dominado históricamente desde Londres y Nueva York.

A partir de aquí, de acuerdo con el libro de McDonogh y Wong, las gentes de Hong Kong han

sido capaces de levantar una ciudad físicamente acorde con estas exigencias, según modelos de planificación que se han desarrollado durante décadas para albergar a ocho millones de personas en un territorio geográficamente muy limitado y encajonado por su peculiar relación con el resto de China.

A pesar de sus altos niveles de densidad de población, Hong Kong ha escapado al sino de otras megápolis contemporáneas. Su manera de huir del caos y de buscar el orden (su propio concepto de orden, claro está) no son fruto de la casualidad. Los primeros acercamientos a la planificación urbana datan de 1898 y, quizás más eficientemente, desde los momentos posteriores a la segunda guerra mundial, en que las autoridades coloniales, lideradas por Sir Patrick Abercrombie, se dieron cuenta de la necesidad de quitar presión sobre los núcleos urbanos, que comenzaban a convertirse en aglomeraciones inabarcables.

Cuidadosamente, el libro repasa los diferentes programas que se han desarrollado para racionalizar a Hong Kong como ciudad y, quizá de manera más importante, como entorno estable en el que se pudiese desarrollar una actividad económica de importancia. El más significativo hubiera sido, según los autores el llamado *Ten Year Housing Programme*, la construcción de enormes bloques de viviendas públicas para dar vivienda a dos millones de personas. Estos bloques fueron el germen de las actuales poblaciones satélite, como Sha Tin o Tung Chung, que han crecido con enorme fuerza en las últimas dos décadas y que han ayudado a descongestionar los núcleos principales.

Una ciudad que poco a poco se ha ido descongestionando, pero que, como McDonogh y Wong recuerdan, no ha sido capaz de enfrentar los problemas ambientales que han surgido de su propio desarrollo económico y el de la región del delta del río Perla, la zona sur de China donde se encuentran los núcleos industriales de Zhuhai, Cantón, Macao, Shenzhen o Dongguan. Para los escritores, es significativo que los delfines rosas se hayan prácticamente extinguido a causa de la polución ambiental.

El libro analiza este espacio a través de sus símbolos de modernización y de la colonización, y apunta el interesante concepto de destrucción creativa como el proceso de desarrollo urbano que ha seguido la ex colonia. Bajo el epígrafe de “la destrucción creativa de Hong Kong”, los autores hacen referencia a la transformación física de la ciudad de colonia tranquila a nido de rascacielos y autopistas, y se plantean si Hong Kong puede servir de inspiración en el desarrollo de las nuevas capitales de la región. En el centro de la ciudad, hoy por hoy, hay más de 40 rascacielos de más de 200 metros de altura.

Hong Kong se ha desarrollado como el paradigma de la versión asiática de la ciudad global. Ya en su libro *Changing Cities of Pacific Asia*, publicado en 1990, el profesor Yue-Man Yeung califica a Hong Kong y a Singapur como “ciudades que funcionan” (p. 187-189).

Lo que no es tan evidente es si estas ciudades, fruto de una historia breve e intensa, sirven de modelo para las capitales vecinas. Nos preguntamos: ¿es este modelo de centros financieros, hoteles de lujo, descomunales espacios de trabajo y enorme

voluntad de subirse al tren de la riqueza cuanto antes, válido para capitales como Saigón o Bangkok?

En un libro no exento de crítica, los autores son capaces de poner en perspectiva el objeto de su estudio y se plantean cómo han contribuido sus relaciones con otras macrociudades de la región, como son Seúl, Tokio o Singapur, a modelar su propia identidad. El libro explica de qué manera las interconexiones derivadas del proceso globalizador han contribuido a cambiar la ciudad.

Pero además, el libro se atreve a plantear una pregunta que es, a todas luces, clave: ¿qué lugar le espera a esta ciudad en el nuevo contexto en el que vive, como apenas una región secundaria de la China comunista? Los escritores analizan la relación entre Hong Kong, el sur de China y los desafíos y riesgos que supone por ella el proceso de integración con el resto del país.

¿Cuál es la receta para convertirse en una ciudad global? McDonogh y Wong otorgan gran importancia al influjo y a la importancia de las redes de chinos de ultramar, pero al mismo tiempo reconocen que ciudades como Hong Kong y Singapur son producto de un proceso de racionalización urbana. Y otra pregunta nuestra: ¿son imprescindibles para una megaciudad el desarrollo racional de buenas infraestructuras o son los “elefantes blancos” como las Torres Petrona de Kuala Lumpur o el edificio 101 de Taipei las que ayudan a escalar a las urbes en una hipotética clasificación mundial de ciudades?

En la página 133 del libro, una muestra de ésta idea:

*While Hong Kong represents a lynchpin for this growth through investment, trade, and global connections, the changes in cross-border zones mean that Guangzhou and satellite industrial cities may shape the future of the HKSAR (Región Administrativa Especial de Hong Kong) (...) Growth and integration have also brought problems: SARS, pollution, crime, floating populations and controversies with the northern China and the State.*

En el libro comparan a Hong Kong con Shanghai y la definen en función de la vecina ciudad de Shenzhen, un modelo de ciudad nacida a partir de cero y de aquellos núcleos artificiales que, sin embargo, están ocupando un rol importante en el tan traído y tan llevado desarrollo –tanto económico, como en el campo de la percepción– de China.

El gran mérito de este libro está en que es capaz de contextualizar y definir una megaciudad de la naturaleza de Hong Kong no sólo en su contexto político y económico, sino en su papel dentro de la psique contemporánea, tanto de orientales como de occidentales.

Global Hong Kong dibuja a esta ciudad como un lugar donde realmente se juntan y se mezclan Oriente y Occidente, al menos en el terreno de la percepción. Una ciudad que, a través de un uso formidable de las tecnologías de la difusión moderna, ha conseguido hacerse reconocible en todos los rincones del mundo. Y una ciudad envidiable, que ha conseguido hacer uso de la cultura nacida de la comunicación de masas para ofrecerse al mundo como un actor de lujo en esta etapa del fenómeno globalizador.